Fin del análisis

Rafael Paz

Tema siempre dificultoso, por la magnitud de las tensiones ideales que convergen en el horizonte de anhelos reparatorios y la paulatina ampliación de los modos de padecer y de ser que el psicoanálisis ha ido abarcando: desde los síntomas a los rasgos de carácter, las patologías de borde, psicosis, caracteropatías, perturbaciones psicósomáticas.

Y también porque muy tardíamente, en virtud de lo prolongado de los análisis, contamos con experiencia propia de casuística consistente.

Agreguemos a esto lo demorado, en términos de temporalidad convencional, de la conclusión del análisis personal y de sus estribaciones, finalizado el lapso oficial de cura.

Por otra parte, la idea flotante de “tramos de análisis” en un medio psicoanalítico donde constituyen la regla, goza, más que de tolerancia, de consenso, y pone en una perspectiva muy especial la cuestión de “la terminación”.

La figura de otros psicoanalistas posibles tiende a centrar la temática del fin en los cambios en el paciente, como en cualquiera de las múltiples formas de terapia, sacándola de las transformaciones en la neurosis de transferencia y la peculiar trama que allí se suscita, y que es, en última instancia, lo que define la especificidad de la nuestra.

La relativización del psicoanalista como “uno” puede operar así como defensa frente a la regresión, junto a modificaciones del encuadre muy en boga, impidiendo que se expanda hasta niveles primarios.

Pues, como es sabido, “madre hay una sola”.

De hecho los reanálisis, legitimados como decíamos –en otro lugares, por frecuencia y extensión implicarían simplemente fracasos– suministran materiales valiosos para poner en perspectiva diferentes modos de dar fin a lo interminable, siempre que se supere la tentación arrogante y de superioridad retrospectiva por parte de quien los toma a su cargo.

Y en cuanto a la transmisión a los que empiezan, el no haber transitado extensamente la complejidad inherente a un análisis y su terminación, hablar al respecto puede resultar libresco y abstracto.

Agreguemos que, de los análisis que cursan como tales, muchos se interrumpen, con grados variables de acuerdo entre analizando y analista, configurando finalizaciones de hecho, pero en virtud de aquellas circunstancias no suelen publicarse.

Constituyen un material que mucho podría enseñarnos, como cualquier fracaso absoluto, parcial o relativo –o también como *los seudofracasos*, que no son escasos, pues en estos últimos el registro de imperfección del analista no se condice con la valoración del paciente.

Lo cual abre a la vasta cuestión del reconocimiento, la culpa y la gratitud, las experiencias trucas y también el juego de sutiles mortificaciones “morales” sadomasoquistas en procesos con logros subrepticios.

Todas estas situaciones, simplemente señaladas, nos sitúan sobre la pista de la multiplicidad de matices que cabe tomar en consideración en lo que hace a las etapas finales del análisis; digamos además que en la formación psicoanalítica los materiales que se trabajan corresponden a procesos en curso y excepcionalmente a su conclusión.

Por su parte, los análisis de formación constituyen un venero potencial de elaboración, pero que naturalmente tropieza con las restricciones de la discreción necesaria.

Es todo este conjunto de cuestiones el que fácilmente se sitúa en la esfera de ideales a cumplir, lo cual dificulta la indagación al impregnarse de normativas que ocultan los relatos de lo que efectivamente acontece y la correlación entre gestación de metas, conceptos y operaciones clínicas, sus logros e impasses.

Ahora bien, cabe plenamente la pregunta aparentemente ingenua: ¿para qué preocuparse de terminar lo interminable?

¿Se trata de una suerte de coerción normativa, o, incluso estético

formal, de que a las cosas hay que concluir las, como el sentido común lo indica de todo aquello que se inicia y transcurre?

¿El fin es un profundo efecto de cultura que exige a la símil crianza la nitidez de un corte, potente relicto arcaico en el seno de una práctica que se pretende heredera de Las Luces?

En tal sentido la llamativa liturgia lacaniana respecto del pase es antropológicamente interesante, pues tornaría visible aquella necesidad demarcatoria que abreva en las fantasmáticas de lo trágico y desde ahí del sepultamiento o naufragio (*Untergang*).

Y si es pertinente la expresión freudiana referida al Edipo es porque su desplome normativizante nos marcaría también en lo que al análisis respecta un *nec plus ultra*, poniendo límite a la eventual connivencia eterna entre el librarse de padeceres, el goce de relatarse y la ambición de curar.

Aguas edípicas y preedípicas, blanco del estructuralismo normativo que exige el abandono del polimorfismo maternal y aboga por la nitidez de la autonomía y el mapa erguido de *cada uno*.

Pero en aquella renuencia a concluir también juega el escudriñar y discernir niveles, escisiones y torsiones en pos de transformaciones estructurales: ¿vicio de la sospecha?; ¿de la ambición de curar?, que prolongan el tiempo en acuerdo con el confort de un copensarse seguro.

La idea de finalizar, en un contexto dominante de transferencia positiva sublimada y análoga transferencia recíproca puede resultar paradójal (“Señor, que bien se está aquí...”, decían los discípulos en las alturas del monte), pero previene de anonadamientos así como del salto a la amistad o el amor erótico, e imprescindible renuncia en aras del deber de toda célula primaria de ampliar los lazos hacia otros.

Recogiendo todas estas cuestiones, entre las cuales se halla de qué manera la cultura –la grande y la parroquial– incide en el pautado del vínculo, cabe pensar la finalización como *momento arbitrario pero no irracional o caprichoso, concebido asimétricamente pero que decanta “a deus”, que hilvana una secuencia de momentos irreversibles (catástrofes transformacionales diríamos con Bion), cada uno aportando discreta solemnidad en un continuo potencial infinito*.

Para lo cual son clave las elaboraciones alrededor del concepto de Posición Depresiva y espiral Fusional-Paranoide / Esquizoide - Depresiva.

El concepto de “proceso analítico” tiene una orla connotativa atractiva, pues sugiere algo de los naturales, que cautivara a Meltzer y expresa una pretensión de cientificidad referida al curso de un análisis.

El crecimiento de las plantas, hasta cierto punto el de los animales –sobre todo no domésticos– e ilusoriamente el de los niños, permite imaginar etapas, pasos graduales que constituyen plenitudes relativas en el progreso hacia la adultez.

Por supuesto que el transcurrir paulatino existe, pero el punto es la tentación de un madurativismo abstracto, desgajado de la complejidad y lo aleatorio, que estiliza e idealiza pasos y metas.

La matriz conceptual específicamente psicoanalítica remite a que la helicoide pichoniana, retomada por los Baranger, persiste en su movimiento, pero angostando el diámetro en expansiones resistenciales por abundancia, y con menos destrucciones y reconstrucciones del vector del proceso.

Lo cual se liga al desarrollo de los duelos y el narcisismo, suministrando el primero criterios de temporalización relacional y simbólica vinculados a relaciones de objeto, y el segundo a las peripecias de la propia consistencia y a la dialéctica de los desprendimientos, tanto del lado del “bueno” como del “malo”.

Todo lo cual se reformula en lógicas de campo y de proceso.

El saber más, junto al atreverse a dar plena cabida a la expansión transferencial ha hecho que se amplíen notablemente, como ya señalamos, las magnitudes de las unidades con las que laboramos; o, sería más adecuado decir, nos hemos acostumbrado a considerar unidades de diferente rango.

No sólo entonces componentes desglosados de un síntoma, sino sistemas defensivos frente a los mismos o virajes globales de existencia reflejados en la transferencia.

Cosa que buenas clínicas, intuitivamente, toman en consideración, pero sin que se haya visto por lo común parejamente reflejado en la intelección teórica.

Lo cual debilita la ubicación ante las inflexiones imprevistas en los análisis, así como para detectar indicios de consolidaciones caracteriales (transferenciales) que obedecen a la clausura de una o varias dimensiones psíquicas, soslayando interrogantes referidos a equilibrios esenciales.

Y esto puede darse tanto frente a replanteos fundamentales de

posición sexual o de transición vocacional cuanto de actitud ante modificaciones corporales fruto de un régimen dietético exitoso, pues si algo reaprendemos cotidianamente es la imposibilidad de definir “a priori” los órdenes de importancia en lo profundo de las valoraciones singulares y los efectos estructurales.

Ciertas *mutaciones identitarias* pueden generar la idea de finalización, por su trascendencia innegable, pero además porque ¡por fin! nos suministran una suerte de logro tangible y objetivable.

Sin duda lo son, como ocurre con las “salidas del closet”, tan mentadas en nuestro tiempo, pero la elaboración de sus consecuencias, transcurriendo en el seno de versiones de *Self* que reformulan su estructura y dominancias, requiere de un trabajo nuevo con sus propias idas y vueltas.

La *elaboración de duelos por pérdidas significativas* ocurridas durante el análisis es un típico proceso dentro del proceso, que permite establecer relaciones consistentes con lo infantil y la transferencia analítica.

Y obviamente el modo de tramitar desprendimientos, que permite evaluar cuánto en las separaciones va en detrimento o no de la propia consistencia y de sobreponerse a contingencias dolorosas sin incrementos notables de la persecución.

Al respecto recuerdo una anécdota de hace muchos años, cuando era candidato en la Asociación Psicoanalítica Argentina y se discutía intensamente respecto de cómo definir con precisión criterios de cura.

Luego de un encendido y prolongado debate intervino Alberto Campo, que con aplastante sobriedad kleiniana dijo: “Yo aspiro a lograr una cierta disminución de las ansiedades persecutorias”.

Es en el seno de la circulación Fusional-Paranoide Esquizoide-Depresiva donde se evalúa el balance de las escisiones, fragmentaciones e identificaciones proyectivas dilacerantes e intrusivas o, a la inversa, el predominio integrativo, con modificaciones en la calidad e intensidad de las identificaciones proyectivas, y el consiguiente incremento del “índice de reintroyección” (Bleger).

El cual depende de un desarrollo, asimétrico pero paralelo de la dupla continente / contenido, es decir, de la *emocionalidad cognitiva*, de logros de comentalidad que culminarán en la consolidación del Psicoanálisis Valor y la Relativización Totémica.

De aquí se desprende la importancia asignada históricamente a las reintroyecciones, nombre genérico e histórico, surgido del supuesto, heurísticamente orientador, de la predominancia de mecanismos proyectivos en las patologías, y su modificación psicoanalítica.

Es claro que esto requiere de la permeación de las disociaciones, permitiendo formas de simbolización ligadas a lo propio emergiendo de las significaciones alienadas.

Es decir, aquellas dependientes de objetos que acaparan.

Estas eventualidades no impiden el registro de las experiencias, pero en un ámbito proyectivo y no en el espacio propio y de transicionalidad compartible –transferencial en nuestro caso.

Si lo vivido no ingresa en ese contorno, el fracaso emocional –no necesariamente ostensible, pero sí para nuestra microscopía– impide aprender de la experiencia como logro relacional.

Escisiones renovadas recrean distancia proyectiva y determinan, tanto la necesidad de erigir bordes –muros, tan en boga en la realidad de nuestro mundo– para mantener tanto la exterioridad negada cuanto lo que quede de plenitud gozosa.

Es allí cuando pueden erigirse francas escisiones del *Self*, puesto que en el metabolismo adecuado de la heterogeneidad constitutiva, las distintas versiones conservan sus hilos de referencia con el *Self* troncal y permeabilidad variable con el infantil.

Lo que incluye versiones transformables de los objetos primarios y los objetos / *Self*.

Por el contrario, si una versión coagula, expulsará lo incompatible hacia un espacio distante, de recuperación ardua o imposible.

De allí que en toda caracteropatización cabal se halle latente un amurallamiento Paranoide / Esquizoide.

Es precisamente en este nivel de significaciones y valores sociales donde imbrican los prejuicios, que cierran saberes sobre el mundo y los otros, teñidos de paranoia.

Podemos agregar en este punto lo atinente a la *seudomadurez*, forma adaptativa paradigmática de un medio y unas circunstancias, que sólo la indagación psicoanalítica puede explorar en todos sus aspectos.

En la *seudomadurez* las capas de supuestos saberes y de adecuaciones formales generan una suerte de equívoco global que se premia y realimenta, en virtud de las comodidades que para la crianza ofrece,

con un punto clave que consiste en una verdadera fobia a la verdad, dicho sea en la estela de Bion.

Las contingencias del aprender de la experiencia, con el trabajo consiguiente, el dolor de enterarse y el de enfrentarse a lo no sabido del mundo y de los otros, es obviado, produciendo un cercenamiento radical.

Sobre el cual se erige un “falso *Self*” específicamente caracterizable en esos términos: *seudomaduro*.

Una característica fundamental del cual es la escasa o nula posibilidad de desplazarse por perspectivas diversas, de facetar la realidad facetándose.

De ahí el prestigio escolar y más allá que pueden lograr, si se hallan empotrados en dispositivos de logro a toda costa.

Así como las catástrofes eventuales en momentos de la vida que implican transiciones clave o disyuntivas, cuando los rendimientos juegan en vínculos que interpelan la intimidad.¹

Si me detengo en este punto es para hacer referencia a caricaturas de terminación, consistentes en la creación, parasitaria del proceso, de un falso *Self* analítico.

Esto se liga a los riesgos latentes en terminaciones de procesos analíticos “buenos”, por acopio inelaborado de detritus negativos.

Y cuando precisamente lo bueno reconocido del proceso y los lazos recíprocos encubren asfixias de ser, que emergen en las postrimerías de manera abrupta.

Y que hace a veces necesario en los finales reelaborar aspectos básicos ligados a ambivalencias ocultas y por ende a rasgos caracteriales reactivos y de sumisión.

En tales casos suelen existir oleadas de supuesta inutilidad de todo lo hecho, cuando en verdad la potencia de verdad “no ha podido más” y se ha manifestado en el umbral.

La impresión a veces suscitada de que hay que empezar de nuevo, en una suerte de “*dal capo al fine*” se supera, y otros materiales se integran, convalidando la calidad de lo logrado.

¹ En nuestro medio Benito López ha trabajado con profundidad estas ideas, apoyándose en las de Meltzer, a partir de “Seudo madurez”, trabajo inédito presentado en 1970 en la Asociación Psicoanalítica Argentina para optar a la categoría de Miembro.

Traigamos ahora a colación un material fruto de un autor tan valioso como Erikson, construido desde el paradigma clásico, ascensional, de la genitalidad:

(Una vez resuelta la crisis adolescente, el adulto joven) “(...) *está dispuesto a fundir su identidad con la de otros. Está preparado para la intimidad (...) enfrentar el temor a la pérdida yoica en situaciones que exigen auto abandono: en la solidaridad de las afiliaciones estrechas, en los orgasmos y las uniones sexuales, en la amistad íntima, en experiencias de inspiración por parte de los maestros y de intuición surgida de las profundidades del sí mismo (...)*

“*A fin de encerrar una significación social perdurable –escribe Erikson– la utopía de la genitalidad debería incluir:*

1. *mutualidad del orgasmo*
2. *con un compañero amado*
3. *del otro sexo*
4. *con quien uno puede y quiere compartir una confianza mutua*
5. *y con el que uno puede y quiere regular los ciclos de*

- a) *el trabajo*
- b) *la procreación*
- c) *la recreación*

6. *a fin de asegurar también a la descendencia todas las etapas de un desarrollo satisfactorio*”.²

Hermosa enumeración, nada trivial, freudiana y que incluye criterios socio culturales en perspectiva histórica.

La responsabilidad es uno de los implícitos y tiene la virtud agregada, para nuestro tema, de enunciar metas que, en grado variable, nos impregnan, hijos como somos de la modernidad y de inveteradas herencias normativas y axiológicas.

Lo cual quiere decir también que constituyen, en grado variable, parte esencial del horizonte de un proceso analítico.

Al enunciar sus aspiraciones nos habla de las nuestras en algún lugar, complejizadas por saber todo lo que sabemos y la relativización escéptica, que, de instrumental, suele a veces quedar en eso, mero escepticismo.

² (1983) *Infancia y Sociedad*, Hormé-Paidós, Buenos Aires, pág. 237 y siguientes.

Nuestros objetivos han variado, claro está, pero es falso pensar que:

1. No existen.
2. De existir se han emancipado de aspiraciones ideal normativas, como las que podemos extraer de las que paladinamente enuncia Erikson como su forma de enriquecer el paradigma clásico.

Llegados a este punto ya deberíamos haber citado a Freud con lo de "...transformar la desdicha neurótica en un infortunio ordinario...", pero limitarnos a tal rito no hace homenaje a los esfuerzos puestos en juego al lanzar un proceso analítico, así como a las intensidades convocadas.

Y para ambos protagonistas.

Aspiramos, en efecto, *a acceder a logros y capacidades no preexistentes, por lo menos en acto*, que integren el padecer en dispositivos de contención y elaboración nuevos.

La particularidad es que esto no se realiza –de manera principal– a partir de injertos de experiencia por sugestión e identificación, sino en virtud de la expansión de posibilidades reparatorias impedidas.

Cuyo correlato estructural es el avivamiento de relaciones de objeto emolientes, reparatorias y nutricias que permitan extraer lo mejor de los vínculos actuales.

Lo cual supone, entre otras cosas y nada menos, tomar distancia de los destructivos.

Recordemos que en algún lugar Bowlby señalaba, en una suerte de definición operatorio / existencial de la salud mental, que ésta consistía *en la capacidad de alejarse de los objetos malos*.

Y respecto a otra referencia venerable, tampoco el modelo del ajedrez es satisfactorio, pues salvo en un nivel de abstracción que no hace homenaje a la complejidad de la clínica, las cosas son muy variadas.

Lo cual obliga a refinar los criterios de proceso y detectar, en ambos protagonistas, las ambiciones subyacentes nacidas de los dispositivos ideales y como juega allí *la megalomanía infantil*, propia e introyectada.

Dicho esto, resulta natural enunciar ciertas aspiraciones, que constituyen logros en perspectiva de proceso:

- Puesta en juego de corrientes diversas de la vida psíquica.

– Permeación de las estructuras y subestructuras de las formaciones clínicas.

– Manifestación en campo y en proceso de la neurosis infantil, entrelazada en neurosis de transferencia y sus transformaciones a través de desarrollo de capacidad onírica, oniroide y lúdica.

– Contención y expansión de la verdad de los hechos.

Es decir, de aquellos constatados en la experiencia procesal del campo.

Verdad explicativa, símil causal, entonces, pero también sostenida en la garantía vincular (*Emunah*).

– Movilización de enclaves narcisistas y esquizoides.

– Descongelamiento de duelos.

– Capacidad de trabajo (analítico), de goce (en la autocontención pensante y elaborativa) y de sublimación (ostensible en la gestación del Psicoanálisis Valor).

– Reconocimiento y eventualmente permeación de aspectos psicóticos.

Digresión: manifestaciones somatopsíquicas netas y oscuras, no de índole “histórica”, harían aconsejable una postergación, por tratarse de la movilización de aspectos aglutinados o psicóticos no trabajados o mal disociados.

Retomemos el hilo: son muy características además distintas manifestaciones de duelo, incluidas las paranoides.

La dominancia de ansiedades depresivas y el modo de metabolizarlas, así como el tempo de su elaboración –la curva ascendente y resolución de las mismas en la sesión o en la semana– constituyen indicios esenciales.

– Soportar estados de conjunción pensante y las transformaciones que dan lugar a Reacciones Terapéuticas Positivas.

Es decir, aquéllas que se imponen luego de lapsos de esterilidad y sobre todo de solapada destructividad.

– Localización proyectiva adecuada de lo persecutorio, puesto que éste inexorablemente existe.

Esto se muestra concretamente, más allá de lo detectado en el

campo analítico, en cambios de calidad en las narrativas de lo cotidiano, que trasuntan el reconocimiento de la autonomía y densidad de los otros.

Lo cual requiere, no sólo, claro está, el desarrollo de las capacidades auto y heterorreparatorias, sino también la de realizar transferencias adecuadas en el juego convivencial.

No se trata de “acostumbrarse a no transferir”, lo cual es absurdo, sino que la impregnación inevitable de la realidad con las fantasmáticas que cada uno porta, se realice en juegos relacionales que no dañen (o no excesivamente).

Es decir, donde el aprender de la experiencia atraviese los espacios de ilusión que continuamente se recrean.

Pensar en una claridad objetivista como logro analítico nada tiene que ver con el efectivo funcionamiento mental de los humanos, antes de inexorable –no sólo rememoración– sino transferencia.

Detengámonos en dos puntos ya aludidos: la Fantasía de Traslación Totémica y el Psicoanálisis Valor.

La primera remite, bajo la forma de mutación omnipotente, a la interrogación radical por los mitos familiares, hechos carne, referidos a orígenes, maravillas y desastres transgeneracionales.

De ahí la fantasía de salto maníaco a una nueva progenie, realización de la Novela Familiar con la persona del analista, en una suerte de recomienzo radical: *traslación totémica*.

Como en otra parte lo he señalado, algo de esto se consume en los análisis didácticos, con sus consecuencias personales e institucionales, lo cual abre un filón muy interesante a explorar, teórica y clínicamente.

En cuanto al Psicoanálisis Valor, el mismo remite a una creación inédita compartida y apreciada como consistente y reparatoria, fruto de la sedimentación de verdades procesadas y resistencias vencidas, creada por ambos pero con relativa autonomía.

Y cuidada también por ambos, en movimientos de reciprocidad no pusilánime pero sí que requiere el registro de la sensibilidad del otro.

Me cito: “El Psicoanálisis Valor remite a la gestación de un núcleo de referencia común para el analista y el analizando, aunque situado más allá de ambos, y que tiende a persistir con independencia relativa de las mudanzas transferenciales y del cuidado directo que le dediquen.

Y le cabe el nombre de Psicoanálisis Valor, pues sitúa al proceso mismo como algo a sostener y preservar, en tanto lugar de interrogación singular y reparatorio, espacio de reformulación de sentidos y creación de otros nuevos.

De ahí lo peculiar de la función regulativa del Psicoanálisis Valor una vez constituido, puesto que opera como un conjunto de paravalores respecto de normatividades vigentes.

No es por ende un espacio libertario ni un capricho ‘a deus’ sistematizado, sino un ámbito de significancia –o sea, de radicalización de sentidos a partir de la propia gestación enunciativa–, que reformula el pensar y sus normas preconscientes.

Pues se trata de elaborar y no sólo de disociar más adecuadamente, por lo que los niveles simbólicos más desarrollados y las conexiones de sentido deben implicarse, complicarse e impregnarse con las lógicas propias de las diversas corrientes de la vida psíquica, que sólo un proceso psicoanalítico logrado pone en curso de manera ampliada.

Es importante la insistencia en este punto, pues la cercanía entre narcisismo, perversión y sublimación es evidente en la constitución del Psicoanálisis Valor, y por lo tanto importante para dilucidar la metapsicología del proceso analítico”.³

Por otra parte, para concluir sin concluir, cabe diferenciar entre *terminación del análisis*, *disolución de la neurosis de transferencia* y *disolución de la transferencia*, como hitos diferenciables.

Existe de hecho una modificación de algunas invariantes que han sido tales durante el transcurrir, e implica sedimentación de nuevos puntos de referencia –escopia distinta– asentada en una contención erigida sobre el Psicoanálisis Valor.

En un proceso logrado puede asistirse a una terminación fundada en la percepción por parte de analista y analizando de una mutación en el campo que obedece a acumulación de transformaciones y una toma inédita de distancia, con irreversibilidad.

Y en la concurrencia asimétrica de terminaciones, del lado del analista y del analizando, en este último, suele darse la reactivación caleidoscópica o confusa de aspectos infantiles tramitados durante el proceso, con oscilaciones regresivas importantes.

³ En (2008) “El Psicoanálisis Valor”, en: *Cuestiones disputadas en la clínica y la teoría psicoanalíticas*, Ediciones S.A.P., Biebel, Bs. As.

FIN DEL ANALISIS

Terminación del análisis remite a la facticidad concreta de un momento determinado de despedida, circunstancia de peculiar intimidad que suele rodearse de cierta solemnidad.

Es el arbitrio de un punto que marca hasta aquí, aunque ambos saben que podría haber continuado, removiéndose por oposición otras experiencias vitales terminadas sin haberlo querido, es decir, sin que constituyeran una opción libre y compartida.

La disolución de la neurosis de transferencia ocurre, en los buenos casos, en el tramo final del proceso, con una disminución apreciable de los reclamos hasta entonces latentes.

Es entendible como un reacondicionamiento edípico global, y en ese punto sí cabe hablar de disolución, de desmembramiento de las repeticiones de la neurosis infantil.

De ahí que se produzcan *poussés* sintomáticas, o reclamos extemporáneos: es el lento abandono de la escena transferencial por otras escenas redivivas, manifestación de fantasías clave.

Y que ante la inminente pérdida de investidura agitan las aguas: "...*Acheronta movebo*".

La disolución de la transferencia, finalmente, es un proceso extendido en el tiempo, en cierto sentido efectivamente interminable, pues ambos transportarán para siempre trozos primarios de lo vivido.

Trabajo presentado: 9-11-2010

Trabajo aceptado: 20-12-2010

Rafael Paz

Salguero 2484, 5° "A"

C1425DEV Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Argentina

E-mail: rfpaz@gmail.com